

Hablar del pasado: tiempo y aspecto en el despliegue de la enunciación

Vanesa Kandel

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

Hablar del pasado... ¿Qué significa “hablar del pasado”? Sabemos que para hablar (del pasado, de lo que sea) es condición necesaria situarse en el espacio y en el tiempo, y en relación con los otros; en suma, construir un lugar de enunciación.

Partiendo de la observación de las características que este proceso de construcción presenta en la interlengua de estudiantes de español como lengua extranjera –con especial énfasis en aquellos cuyas lenguas maternas poseen sistemas notoriamente diferentes– y de la revisión crítica de su abordaje tradicional, que privilegia la noción de alternancia entre el pretérito indefinido (o perfecto simple) y el imperfecto, este trabajo propone un desplazamiento del paradigma gramatical hacia la trama narrativa y la situación enunciativa (siempre particular y dialógica) desde la cual el sujeto mira el pasado y lo (re)presenta discursivamente.

Creemos que pensar este proceso desde las teorías de la narración permite una reformulación del objeto de análisis que ilumina su comprensión al poner en primer plano el fenómeno de la enunciación narrativa; esto es, siguiendo a Bajtín, la instancia en que el hablante, enmarcado en un género, se apropia de las palabras “ajenas” para desplegar, parafraseando a Elizabeth Jelín, sus propios “trabajos de la memoria”.

Antes de la enunciación, la lengua no es más que la posibilidad de la lengua
Émile Benveniste (1985b)

Introducción

Hablar del pasado... ¿Qué significa “hablar del pasado”? Sabemos que para hablar (del pasado, de lo que sea) es condición necesaria situarse en el espacio y en el tiempo, y en relación con los otros; en suma, construir un lugar de enunciación.

Partiendo de la observación de las características que este proceso de construcción presenta en la interlengua de estudiantes de español como lengua extranjera –con especial énfasis en aquellos cuyas lenguas maternas poseen sistemas notoriamente diferentes– y de la revisión crítica de su abordaje tradicional, que privilegia la noción de alternancia entre el pretérito indefinido (o perfecto simple) y el imperfecto, este trabajo propone un desplazamiento del paradigma gramatical hacia la trama narrativa y la situación enunciativa (siempre particular y dialógica) desde la cual el sujeto mira el pasado y lo (re)presenta discursivamente.

La representación del pasado como problema (de la gramática)

Según Castañeda Castro (2004: 1):

(...) la gramática cognitiva se distingue de otros modelos por hacer hincapié en el hecho de que, en gran medida, con los signos lingüísticos se expresan distinciones que tienen carácter de concepción, de perspectiva, de imagen que sirve para estructurar con formas alternativas una misma escena.

En el modelo de la gramática cognitiva las alternativas gramaticales son portadoras de significado, pero “dicho significado no se define tanto por condiciones objetivas o factuales distintas sino por formas de percepción distintas de una misma situación”. Así, una misma frase puede desdoblarse en dos versiones, cada una de las cuales adopta (y refleja) una perspectiva diferente de la misma acción pasada. Cita un ejemplo: “En el último minuto Cidane *marcó* el gol de la victoria / En el último minuto Cidane *marcaba* el gol de la victoria” (Castañeda Castro, 2004: 2). La diferencia entre *marcó* y *marcaba* no dice nada en cuanto a la acción en sí misma sino en cuanto al modo en que el hablante la percibe.

Esta posibilidad de reconocer la capacidad de las distintas lenguas para construir representaciones alternativas de una misma situación objetiva permite a la gramática cognitiva dar cuenta no solo del valor básico de los recursos gramaticales sino también explicar de forma coherente los usos discursivos de esas distinciones (Castañeda Castro, 2004: 3).

Un objetivo de la gramática cognitiva –siempre siguiendo a Castañeda Castro– es que los estudiantes capten las peculiaridades lingüísticas de la lengua objeto de aprendizaje y la idiosincrasia cultural de la comunidad que la habla. Sin embargo, es necesario preguntarse por el alcance de esta comprensión.

En el caso que nos ocupa, esto es, la estructuración del relato sobre el pasado, vemos que muchos estudiantes logran captar que la distinción entre imperfecto/indefinido es significativa para el hablante nativo de español, pero eso no implica de ninguna manera que comprendan el porqué de esta distinción; es decir, su sentido subyacente.

En su estudio sobre el imperfecto, Palacio Alegre (2009) repasa diferentes explicaciones basadas en los rasgos aspectuales de este tiempo en contraste con los del indefinido y observa que, en general, muchas veces esas explicaciones suelen conducir a los estudiantes a fracasos certeros. Una de estas explicaciones es la que toma como base la categoría de “duración”, propia del imperfecto, y la contrapone a la conclusividad del indefinido:

(...) se entiende de manera equivocada que si el indefinido expresa término o carácter perfectivo del proceso, el imperfecto expresa continuidad, no término o carácter imperfectivo. Hay que recalcar que si bien el imperfecto no informa sobre el término de la predicación esto no significa que exprese explícitamente su continuidad o no término (...) bajo la perspectiva del imperfecto, son acciones no terminadas en ese punto del pasado al que nos estamos refiriendo en el momento de la reconstrucción de los hechos; pero no cabe duda de que en el presente, en el momento del habla, están más que concluidas (Palacio Alegre, 2009: 5).

Palacio Alegre habla de confusión, por parte del estudiante, de la realidad lingüística con la realidad extralingüística, pero esta confusión no es gratuita sino la inferencia lógica que el estudiante elabora a partir de la explicación que recibe. Si “el imperfecto expresa hechos no terminados”, entonces es correcto afirmar que la frase *Los chicos limpiaban, cocinaban y cuidaban el lugar* informa que *los chicos* realizaron dichas acciones en el pasado del mismo modo que las realizan (o están realizando) ahora. En efecto, el estudiante utiliza aquí el imperfecto porque, según lo que se le enseñó, este tiempo es el adecuado para englobar lo que fue y lo que es. En otras palabras, lo que hace el estudiante es lo que se le pide: considera, analiza, evalúa la cualidad de la acción. Y, obviamente, fracasa.

En la misma línea, vale la pena citar otro ejemplo de Castañeda Castro:

Ayer por la mañana, como todos los días, desayuné en casa temprano y, después de lavarme los dientes (...), salí corriendo para tomar el autobús. El autobús *estaba* en la parada... (Palacio Alegre, 2009: 28)

Para el autor, este contexto no admite la forma *estuvo* porque, teniendo en cuenta el texto precedente, la persona que corre hacia la parada no tiene experiencia directa del proceso completo de “el autobús estar en la parada” y, por consiguiente, no puede referirse a él con la visión terminativa que ofrece el indefinido. Este análisis se enmarca en la propuesta presentada en la *Gramática básica del estudiante de español* (2005) que, a partir de una suerte de espacialización del tiempo, establece una analogía entre el contraste aspectual y los términos *dentro/fuera*.

Luego de presentar una actividad didáctica que invita al estudiante a considerar la acción “desde dentro” o “desde fuera” de la escena, Palacio Alegre admite las limitaciones de este enfoque. Dice lo siguiente:

(...) vemos, por una parte, que es ardua la tarea de presentar todos estos significados al estudiante extranjero y, por otra parte, que son otros muchos los factores que entran en juego a la hora de decidirse por un indefinido o un imperfecto: mucho más que el valor operativo desnudo de contemplar un proceso “desde dentro” o “después” (“desde fuera”). (Palacio Alegre, 2009: 27).

Palacio Alegre destaca la persistencia de “casos oscuros” que no pueden ser explicados mediante el operador básico propuesto desde la gramática cognitiva; se trata de enunciados donde la alternancia indefinido/imperfecto no es posible, donde “no tenemos libertad para elegir entre la perspectiva terminativa del pretérito indefinido y la no terminativa del imperfecto, pero no se aclara por qué” (Palacio Alegre, 2009: 31-32). Y aunque no renuncia a la explicación operativa, admite la preeminencia de “otras razones, discursivas, pragmáticas, contextuales o de otro tipo, que ejercen su propia influencia por encima de la explicación operativa”.

Finalmente, Palacio Alegre propone que tal vez para determinados casos el valor operativo basado en la concepción aspectual terminativo-no terminativo no constituye una guía suficiente para que el alumno extranjero realice con éxito la elección de pretéritos *a priori*, sino que únicamente ofrece una descripción *a posteriori* del significado que ambas formas de pasado representan en un texto concreto. Es decir, le ofrece al estudiante una regla descriptiva pero no prescriptiva; una regla que le sirve para el análisis de formas dadas pero no para la generación. Queda claro entonces que podemos describir la perspectiva del hablante, pero no prescribirla porque la elección de una u otra forma de pasado no es objeto de normativa.

Lo interesante de destacar en el trabajo de Palacio Alegre es el rescate de la noción de perspectiva asociada a los tiempos verbales; en efecto, se menciona la “perspectiva del imperfecto”, así como la idea de que ambas formas, imperfecto e indefinido, “presentan” la información de determinada manera, subrayando así la presencia del hablante (con su subjetividad y sus decisiones) en el enunciado. Y aquí podríamos intentar una reformulación del enfoque: tal vez el problema no sea la representación del pasado sino del tiempo.

La representación del tiempo como problema (de la enunciación)

En el capítulo titulado “¿Desde dónde se cuenta la historia?” de su libro *Escribir. Manual de técnicas narrativas*, Enrique Páez (2001) reflexiona sobre los valores semánticos del indefinido y del imperfecto, considerados ambos como los tiempos principales de la narración, sostiene que el tiempo base normal de esta es el indefinido y aconseja a los escritores regular el imperfecto para no estancar el relato:

Las narraciones que comienzan con el pretérito imperfecto y se alargan unos cuantos párrafos sin entrar en el indefinido dan la sensación de que no llegan a concretarse. Las acciones que se narran, por la propia esencia del tiempo verbal, son leídas como acciones habituales, que aún

no pertenecen esencialmente a la historia que se pretende contar (...). Son acciones repetidas, en las que el elemento de suspense no existe. Nada importante puede suceder (...) mientras esté sucediendo lo mismo de todos los días. Solo cuando el narrador salte al indefinido comenzará realmente el nudo del relato (...) (Páez, 2001: 168-169)

En otras palabras, lo que sugiere Páez es que con el imperfecto “el tiempo no pasa” y por eso no hay relato propiamente dicho si solo aparece este tiempo verbal. En este sentido, parece coincidir con la afirmación de Weinrich (1964) acerca del carácter “atemporal” del imperfecto cuando afirma que este “no es tiempo del pasado, sino que indica una actitud de narración frente al mundo”.

Desde el punto de vista del análisis microdiscursivo, Irene Klein, en su estudio sobre la narración, identifica también al indefinido como el tiempo canónico de la narración porque es “el que permite narrar hechos pasados en relación con el momento en que se narra” (Klein, 2007: 72); y es importante subrayar aquí la idea de que el narrador organiza su relato teniendo como centro de referencia el presente, es decir, el momento de su enunciación. La trama narrativa es sostenida, apuntalada por el indefinido, y en este sentido es fácilmente identificable por su anclaje enunciativo en la deixis de la narración.

“(...) toda historia narra una transformación y toda transformación es un proceso que se opera dentro de un lapso de tiempo”, recuerda Klein (2007). Y para presentar esas transformaciones el narrador cuenta con un repertorio de estrategias que le permiten “jugar con el tiempo” a fin de lograr determinados efectos en la recepción del relato.

Klein comenta algunas de estas estrategias –estudiadas originariamente por Gerard Genette–, particularmente aquellas referidas a los “efectos de ritmo” que implican una aceleración o un retardo del relato. Así, las pausas descriptivas y las escenas, que concentran la tensión en detalles mínimos, contribuyen a un relato moroso, mientras que el resumen y la elipsis forman parte de relatos más vertiginosos, donde predomina la acción (Klein, 2007: 50).

“La narración se constituye en el equilibrio de todas estas formas narrativas”, señala Klein (Klein 2007: 53); y pensando en los efectos sobre el destinatario, al igual que Páez, confía en que “un buen narrador sabrá (...) elegir la tensión necesaria para que el relato avance de modo dinámico en algunos momentos o se distienda en descripciones, en otros” (Klein, 2007: 53).

Un buen narrador

La idea de listar los significados y usos del imperfecto y del indefinido a partir de un valor operativo básico establecido *a priori* es tributaria de la ilusión formalista que, ajena a la realidad vital e irreductible de la lengua, promueve una visión de esta como un repertorio finito de formas cuyas combinaciones, aun siendo infinitas, son plausibles de ser imaginadas y analizadas haciendo abstracción de sus condiciones de producción, circulación y recepción. En fin, una lengua transparente; sin hablantes; sin enunciación.

Pero, como bien lo afirma Benveniste, “antes de la enunciación, la lengua no es más que la posibilidad de la lengua” (Benveniste 1985b: 84) y “las condiciones de empleo de las formas no son (...) idénticas a las condiciones de empleo de la lengua” (Benveniste, 1985b: 82). Por eso es clave indagar en la enunciación para acercarse a una comprensión profunda de los significados y los usos.

Al hablar del pasado, el hablante quiere transmitir no solo lo que hizo, sintió, etc., sino también lo que percibió: las propiedades y los estados de los objetos, las personas, los ambientes. Desde el punto de vista de las estrategias narrativas, vimos ya que los valores canónicos de imperfecto e indefinido se asocian a las tramas descriptiva y narrativa respectivamente. Con esto, podemos pensar que la elección de uno u otro tiempo no depende de las cualidades de la acción considerada, sino de la función que el hablante desea realizar. La elección de imperfecto o inde-

finido debe ser vista, entonces, como una estrategia narrativa del hablante, elegida en función de un efecto buscado, porque, como ha sido señalado por Bajtín, “el enunciado tiene autor y destinatario” (Bajtín, 2002: 285).

Asociar el pretérito indefinido a la narración de hechos “puntuales” no implica considerar los hechos desde el punto de vista de su culminación (la cual es indiscutible) sino ubicarlos y visualizarlos como “puntos”, momentos en el progreso del relato, en el despliegue de la enunciación.

La explicación del imperfecto basada en el valor operativo propuesto desde la gramática cognitiva finalmente fracasa porque propone una resolución del problema de la elección imperfecto/indefinido dentro del marco del enunciado. Le propone al estudiante un ejercicio de abstracción casi imposible: desplazarse (imaginariamente) dentro de la escena, abandonar su centralidad... El narrador no se mueve: su lugar es el presente; no puede ser de otro modo. Cuando usa el imperfecto, el hablante no traslada su enunciación a la escena pasada sino que “suspende” el relato, detiene el flujo temporal, sustrae de allí los objetos que desea describir y los pone en foco para realizar el trabajo descriptivo.

Tal vez a esto se refería Bello (1945: 211) al hablar del imperfecto como copretérito (o “presente del pasado”): a una suerte de “tiempo simultáneo” que le permite al narrador sustraer los objetos del devenir narrativo para concentrar su percepción en ellos, “suspendiendo” provisoriamente su propia centralidad como narrador.

Una vez más vemos que la elección de imperfecto o indefinido es una estrategia narrativa y no el producto del análisis de las cualidades de la acción designada por el verbo. Parecería entonces que, para captar la conveniencia de elegir un tiempo u otro, el estudiante debería aprender a objetivar no la escena del enunciado sino la de su enunciación; en otras palabras, verse a sí mismo como narrador.

Bibliografía

- Alonso Raya, R.; Castañeda Castro, A.; Martínez Gila, P.; Miquel López, L.; Ortega Olivares, J. y Ruiz Campillo, J. P. 2005. *Gramática básica del estudiante de español*. Barcelona, Difusión.
- Bajtín, M. M. 2002. *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bello, A. y Cuervo, Rufino J. 1945. *Gramática de la lengua castellana*. Buenos Aires, Sopena Argentina.
- Benveniste, É. 1985. *Problemas de lingüística general*, tomos I (a) y II (b). México, Siglo XXI.
- Castañeda Castro, A. 2004. “Potencial pedagógico de la Gramática Cognitiva. Pautas para la elaboración de una gramática pedagógica de español/LE”, *RedELE*, 2004. Disponible en: <http://www.mepsyd.es/redele/revista/castaneda.shtml>
- Weinrich, H. 1964. Conferencias, en *Thesaurus*, tomo XIX, N° 3. Centro Virtual Cervantes. Disponible en: <http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/boletines/1964.htm>
- Klein, I. 2007. *La narración*. Buenos Aires, Eudeba.
- Páez, E. 2001. *Escribir. Manual de técnicas narrativas*. Madrid, Ediciones SM.
- Palacio Alegre, B. 2009. “Pretérito imperfecto de indicativo: valor operativo y contraste con el pretérito indefinido. La primera actividad para la clase de ELE”, *RedELE*, N° 15, febrero.,

CV

VANESA KANDEL ES LICENCIADA Y PROFESORA EN LETRAS POR LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UBA.

SE DESEMPEÑA COMO PROFESORA DE ESPAÑOL PARA EXTRANJEROS EN EL LABORATORIO DE IDIOMAS, UBA.

OTRAS PUBLICACIONES RELACIONADAS: “LA DESCRIPCIÓN QUE FALTABA: EL PROCESO DE APROPIACIÓN DEL PRETÉRITO IMPERFECTO DEL INDICATIVO DESDE UN PUNTO DE VISTA DISCURSIVO” (2009).